

Fernando Trías de Bes

Coautor de *La buena suerte*

Siete cuentos para toda una vida



Ilustrado por
Blanca
Trías de Bes

DIANA

FERNANDO TRÍAS DE BES

Coautor de *La buena suerte*

SIETE CUENTOS PARA TODA UNA VIDA

Ilustrado por Blanca Trías de Bes

Relatos

DIANA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Primera edición: octubre de 2023

© 2023 Fernando Trías de Bes, del texto

© 2023 Blanca Trías de Bes, de las ilustraciones

Los derechos de la Obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors & Yáñez' Co. Agencia Literaria.

«Palabras para Julia». Poema extraído de © *Poesía completa*, de Jose Agustín Goytisolo, publicado por Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U. en 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Diana es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-1119-101-2

Depósito legal: B. 15.284-2023

Maquetación: Realización Planeta

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

Prefacio	17
1. Nacimiento y propósito. La pequeña Luz	25
2. Niñez y creatividad. Un viaje distinto	59
3. Adolescencia e identidad. El tigre con antenas y trompa gris que podía volar	101
4. Juventud y decisión. ¿Por qué saltan los delfines?	145
5. Madurez y amor. La persona más buena del mundo	175
6. Vejez y desapego. La maldita varita mágica	201
7. Muerte y aceptación. Las listas	237
Epílogo	269
Despedida	273
Apostillas a «Siete cuentos para toda una vida»	275
Agradecimientos	281
Sobre los autores	283

La pequeña Luz

Todas las historias de mi colección me fueron narradas, excepto una: *La pequeña Luz*.

Esta historia nació conmigo.

Los médicos y científicos creen que es imposible recordar las cosas que nos sucedieron antes de cumplir tres años. Y por eso era imposible que yo guardara una historia en una caja antes de esa edad.

Sin embargo, esta historia la recuerdo desde siempre. Con tres años la deposité en la que fue la primera cajita de mi colección.

Esta historia es... ¡de cuando estaba dentro de la barriga de mi madre!

Sé que resulta difícil creerlo. Pero es así.

En alguna ocasión en que he confesado que recuerdo cosas de los días previos a mi nacimiento, acontecidos en el vientre de mi madre, todo el mundo reacciona como aquel doctor o como mis padres con mis cajas de cerillas: consideran que no puede ser cierto e incluso algunas personas se ríen de mí. Eso es casi tan desagradable como aquel maldito medicamento, por lo que, una vez escrita *La pequeña Luz*, no tendré que presenciar cómo se mofan de mí ni escuchar que soy un mentiroso porque la ventaja de escribir es que puedes contar algo a otras personas sin tenerlas delante. Así, si se ríen de uno, por lo menos no te enteras.

Sobre el porqué somos concebidos, se ha teorizado mucho, y tanto la ciencia como la biología han explicado perfectamente la increíble casualidad que entraña ser nosotros y no otros. Entre millones de células posibles, una y solo una fecundó a nuestra madre y nos convirtió en un ser humano.

Está muy bien, y no tengo nada que decir al respecto.

Pero yo también creo que las personas nacemos con un propósito. No sé si ese propósito «viene de serie» con el espermatozoide y el óvulo que se pusieron de acuerdo en dejar de ser ellos para ser otro: tú, yo, cada uno de nosotros. Pero sé que ese propósito existe. La vida, el mundo, el universo, la existencia, en definitiva, no son una casualidad carente de sentido. Y, si no lo tiene, la propia vida se ocupa de que lo adquiera. Los seres humanos somos islas de sentido en un frío y solitario océano de estrellas.

Y creo que ese sentido, ese propósito se adquiere antes de nacer.

Y nos acompaña durante toda la vida, aunque a veces nos empeñemos en olvidarlo.

Nadie me contó esta historia que vais a leer.

Es el recuerdo de cómo escogí mi propósito en la vida.

Ese propósito me lo entregó una personita maravillosa.

Se llamaba Luz. La pequeña Luz.



LA PEQUEÑA LUZ

1

En la barriga de mi mamá no había luz.

Estaba totalmente oscuro.

Como cuando es de noche, pero sin farolas ni ventanas iluminadas. O como cuando tus padres te ponen a dormir y cierran la puerta de tu dormitorio y no ves nada. Bueno, sí que ves, pero lo ves todo

de color negro, incluso con los ojos abiertos. Abrir y cerrar los ojos es entonces lo mismo.

Pues si quieres ver lo que yo veía cuando estaba dentro de mi madre, no tienes más que cerrar los ojos y esperar unos instantes. O meterte en tu habitación de noche y apagar todas las luces.

¿Verdad que todo es de color negro?

Pues eso es lo mismo que yo veía cuando abría los ojos en el interior de la barriga de mi madre.

Cuando todo es negro y oscuro, al principio uno siente miedo. Pero enseguida se te pasa, sobre todo cuando transcurren las horas y no sucede nada. Es entonces cuando estar rodeado de oscuridad pasa de producir miedo a resultar aburrido. Y cuando uno se aburre demasiado tiempo seguido, se acaba poniendo triste.

Así pues, rodeado de oscuridad tantos y tantos días seguidos, me sentía triste, solo y aburrido.

2

Pues así estaba yo, en medio de la oscuridad cuando, de pronto, vi a lo lejos una pequeña luz. Era como un punto blanco, muy lejano. Brillaba mucho. ¡Por fin sucedía algo! Curiosamente, sentí cierta inquietud. ¡Qué contrasentido! La oscuridad me había dado miedo y, cuando el miedo se me pasó, la aparición de una luz... ¡también me daba miedo!

Esperé unos instantes a ver qué sucedía. La luz seguía allí, lejana y centelleante. Parecía llamarme. Como no tenía nada más que hacer, decidí ir hacia ella.

Mientras me acercaba, mi temor fue en aumento porque era imposible que pudiera haber luz en un lugar cerrado y oscuro en el que llevaba tanto tiempo a solas. Tenéis que tener en cuenta que yo aún no sabía dónde me encontraba. No sabía que estaba dentro de una barriga y, menos aún, que estaba dentro de una madre. No podía saberlo porque aún no había salido y, de hecho, ni siquiera sabía que había

exterior. Mi extrañeza ante la presencia de una luz provenía, sencillamente, de que era nueva. De que, durante meses, no había visto más que oscuridad. Pero yo veía esa luz, ahí estaba y era real. La curiosidad me impelía hacia ella. Bueno, la curiosidad y una fuerza especial, una fuerza profunda que entonces no podía comprender.

3

Al cabo de un rato, llegué hasta la luz.

Y no os vais a creer lo que encontré. Tenía ante mí a una niña pequeña, de unos seis años. Llevaba un vestido azul cielo con tirantes. Tenía el cabello negro, no muy largo, con pequeños rizos y sus ojos eran verdes. En la palma de la mano derecha sostenía la luz que yo había visto desde lejos. No era una bombilla ni una linterna ni una vela. Era, simplemente, luz.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Mi nombre es Luz. Pero todo el mundo me llama la pequeña Luz —respondió.

Tanto su forma de mirarme como su actitud me hacían sentir bien, así que decidí quedarme un rato a su lado. Los dos nos sentamos.

—Luz es un bonito nombre —dije.

—Gracias —respondió.

—Yo no sé mi nombre —observé.

—Todavía no lo necesitas —contestó la pequeña.

Contemplé un rato la luz que sostenía en la mano. No iluminaba más que un poquito y flotaba encima de su palma. Era una luz blanca y brillante, y si pasabas los dedos por en medio no había nada.

Me limité a decirle:

—Me gusta tu luz.

Me miró y los dos sonreímos.

Ya nos habíamos hecho amigos.

4

Al cabo de un rato, nos dormimos. Ahí mismo, en el suelo. Luz mantuvo su luz en la mano, cerrada en el puño, en cuyo interior se movía un poco, más bien bailaba o temblaba, como si tuviera vida propia y quisiera zafarse de la mano que la sujetaba.

Cerré los ojos y soñé con oscuridades de muchos tonos. Algunos negros como el carbón, otros más negros todavía y, de vez en cuando, con algún negro más suave.

Al cabo de poco, me desperté.

La pequeña Luz estaba frente a mí. Ya se había peinado y lavado la cara. Sostenía su luz sobre la mano.

—Eres un dormilón. Vamos, es tarde —me dijo.

Me restregué los ojos y, de un salto, me puse en pie.

—¿A dónde? —le pregunté.

—¡A por una luz para ti! —respondió.

—¿Una luz? ¿Para mí?

—Pues claro. ¿O pretendes vivir toda tu vida sin una luz? Necesitarás una, ¿no crees?

—¡Estupendo! —exclamé.

Y nos pusimos a caminar en la oscuridad, guiados solo por la luz de la pequeña Luz, que apenas alumbraba unos metros, aunque tenía la ventaja de que no se consumía porque no funcionaba con electricidad, carbón ni madera. Una luz como esa, pensé, podría no apagarse nunca.

5

Tras caminar un rato en la oscuridad, llegamos a una pequeña colina de hierba que no tenía árboles ni plantas.

—Aquí es, hemos llegado. Sentémonos —dijo la pequeña Luz.

Estábamos en un lugar inclinado, una montaña suave y elevada desde la que dominábamos la vista sobre un gran valle.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —pregunté.

—No seas impaciente y aguarda. Pronto lo verás.

Resoplé como cuando estoy cansado o algo me da pereza y me puse a acariciar la hierba, que era fresca y olía bien. Luego me tumbé boca arriba, crucé las piernas y usé mis brazos a modo de almohada mientras mascaba una espiga larga.

La pequeña Luz permanecía a mi lado, sentada.

Al cabo de un rato, apareció en el lugar... ¡una familia de monos!

Eran cuatro en total. El padre, la madre y dos chimpancés pequeños. Llevaban gorras de béisbol de diferentes colores y, encima de las gorras, unas gafas de sol. Iban vestidos con ropas alegres como para ir a una fiesta. El padre llevaba una camisa hawaiana de color azul turquesa y flores blancas. La camisa de la madre era amarilla, bastante chillona. Con una mano sostenían unos vasos grandes de bebidas refrescantes con su pajilla para beber. En la otra mano, grandes bolsas de palomitas y otras chucherías. Se sentaron no demasiado lejos de nosotros. No decían nada, no hablaban entre ellos, parecían más bien aburridos. No bebían sus refrescos ni comían sus palomitas, sencillamente esperaban. Esperaban algo, no sabía qué.

Al cabo de unos minutos, llegó otra familia de monos bastante parecida a la anterior. Pasaron por delante de nosotros y se sentaron cerca de los otros. Más tarde, apareció un tercer grupo de chimpancés. Esta vez, se trataba de un grupo de jóvenes amigos. Iban también vestidos con camisas chillonas y llevaban sus correspondientes bebidas y palomitas. Al igual que el resto, ocuparon un lugar en la colina. Y así, uno detrás de otro, fueron llegando distintos grupos de monos.

Al cabo de una media hora, la colina estaba llena de chimpancés. En medio, la pequeña Luz y yo, como dos seres extraños, muy distintos a todos los demás.

Los monos ni siquiera repararon en nosotros.

6

De pronto, sonó una fuerte voz. Era la voz de un locutor que se emitía por algún aparato de megafonía que no pude localizar.

—¡Atención, atención! ¡El espectáculo está a punto de empezar!
—anunció el locutor.

Todos los monos se pusieron rápidamente sus gafas, se calaron bien sus gorras y tomaron sus bebidas y palomitas. Estaban inquietos, nerviosos, algo iba a suceder.

Y así fue. Unos magníficos fuegos artificiales empezaron a salir de todas partes hacia el cielo. Eran espectaculares palmeras de fuego, cohetes, petardos, y grandes explosiones, que iluminaban el cielo de maravillosos colores. El espectáculo era magnífico. Todos los chimpancés que, hasta entonces habían permanecido callados, daban ahora saltos y chillaban alborozados. Bebían y comían sus palomitas, bailaban y celebraban con estallidos de alegría cada uno de los diferentes cohetes y fuegos que surcaban el firmamento.

El espectáculo duró bastante rato y en ningún momento los chimpancés y los monos, tanto los padres como los hijos o los más jóvenes, dejaron de dar formidables saltos y gritar.

Finalmente, después de un centenar de cohetes y figuras impresionantes, el espectáculo cesó. Solo permaneció un fuerte olor a pólvora suspendido en el aire. Todo quedó en silencio, y de nuevo volvía a ser oscuro.

Al momento, todos los chimpancés se calmaron. Se quedaron en silencio. Casi decepcionados. Miraban al cielo esperando más fuegos, pero estos ya habían terminado. Cuando se dieron cuenta de que no habría más espectáculo, resignados, recogieron sus cosas y, tal y como habían llegado, se marcharon. Se fueron desperdigando en todas direcciones, adentrándose en la negrura de la oscuridad. En la colina tan solo permanecimos la pequeña Luz y yo. A nuestro alrededor, quedaron solamente las bolsas de palomitas vacías, tiradas por el suelo, así

como los diferentes vasos de cartón de los que los monos habían bebido sus refrescos.

La pequeña Luz me miró y me preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Todos estaban deslumbrados. ¡Qué capacidad de seducir a los demás tienen estos fuegos!

—Así es. Es una luz que promueve el aplauso y la admiración.

—Sería un sueño. Aunque...

—Dime.

—En cuanto se han terminado, ya nadie ha prestado atención.

—¿Y?

—O siempre hay artificio, o siempre hay espectáculo, o, fíjate —dije señalando a nuestro alrededor—, te envuelve una absoluta soledad. Tiene que ser muy muy cansado estar siempre bajo una luz así.

La pequeña Luz sonrió tímidamente y luego añadió:

—¿Quieres que esta sea tu luz?

Y yo le respondí:

—No me interesa esta luz.

Entonces nos levantamos y nos marchamos de la colina.

7

Tras caminar el resto del día, decidimos sentarnos y descansar. Tanto aquel día como los siguientes, cuando la pequeña Luz y yo recorríamos la infinita oscuridad del ayer de la barriga de mamá, no solíamos hablar demasiado. No nos hacía falta. Es difícil de explicar, pero su luz, esa luz que llevaba en la mano, era suficiente. Era como si contuviese las respuestas a las preguntas y como si las preguntas también surgiesen de esa misma luz. Cuando una inquietud, cuando una duda sobre el futuro acudía a mí e iba a compartirla con la pequeña Luz, antes de que pudiese pronunciar una palabra, ella me miraba y el reflejo de la preciosa e indescriptible luz de su mano disipaba mi duda e inquietud.

—¿Ibas a decirme algo? —preguntaba ella.

—No, nada —respondía entonces yo.

8

Al día siguiente, cuando nos despertamos...

¡Perdón! ¡Debo aclarar esto!

Eso de «día siguiente» es una forma de hablar. En el interior de una barriga, yo no tenía noción exacta del paso del tiempo. No sabía lo que era un minuto, una hora o un día. No podía saber si estaba amaneciendo, atardeciendo o si era de noche. Pero prefiero decir «al día siguiente» porque así me entendéis mejor y porque, normalmente, incluso dentro de una barriga, cuando uno se despierta es porque empieza un nuevo día.

Total, que, como os iba contando, nos despertamos. Nos desperezamos y, enseguida, la pequeña Luz exclamó:

—¡Debemos apresurarnos!

—¿Por qué?

—Pues porque sigues sin luz. ¡Necesitas una!

Por vez primera, le pregunté:

—Oye, Luz... ¿Y por qué necesito una luz?

La chiquilla me miró, sorprendida por mi consulta.

Luego se echó a reír y sentenció con una suave voz:

—Nadie. Nadie puede vivir sin su luz.

9

Esta vez no tuvimos que ir tan lejos. Lejos no, pero caminamos un montón, porque dábamos vueltas y vueltas sobre nosotros mismos, en círculos.

—Juraría que era por aquí, juraría que era por aquí... —murmuraba una y otra vez la pequeña Luz con la vista puesta en el suelo, como si hubiese perdido algo pequeño, un pendiente o un anillo.

—¿Qué buscamos? Si has perdido algo, ilumina el suelo con tu luz.

—¿Pero tú estás tonto? ¿Cómo voy a acercar mi luz al suelo si lo que busco es una luz distinta? ¿No te das cuenta de que mi luz impediría encontrar lo qu...

De pronto, exclamó.

—¡Aquí están! ¡Aquí están! ¡Las encontré!

En efecto, en el suelo, a nuestros pies, había unas lucecitas muy chiquitinas. Eran del tamaño de una semilla. No había una ni dos ni tres. Había muchísimas y estaban dispuestas una tras otra, formando una larga y serpenteante línea. La luz que despedían no era constante. Tampoco es que se apagasen ni fuesen intermitentes. Más bien parecían las luces de los árboles de Navidad, esas que discurren a lo largo de un cable y que rodean el árbol, y que bajan y suben de intensidad y que cuando acabas la comida del día de Navidad te quedas mirando, adormilado, como hipnotizado, mientras haces la digestión del pavo y los turrones.

Pero no eran luces de Navidad. Porque estas luces, además de variar de intensidad constantemente... ¡se movían!

—¡Estas luces están vivas! —exclamé.

Tomé una de ellas en mis manos y me di cuenta de que las luces tenían unas minúsculas patitas y un cuerpo y una cabecita y unos ojos negros chiquitines, así como antenas y alas.

—¿Pero qué son? —pregunté, asombrado.

—¡Son luciérnagas! —respondió exultante la pequeña Luz.

Y añadió:

—¡Debemos seguir la hilera hasta alcanzar a la que marcha en primer lugar! ¡Vamos!

Así pues, la pequeña Luz y yo nos pusimos a seguir la hilera de luces, como cuando Pulgarcito seguía sus garbanzos por el bosque o como

cuando un avión sigue la línea de luces en la pista del aeropuerto para despegar de noche. Era como si siguiésemos un camino o una pista. ¡Aunque no sabíamos a dónde nos llevaba!

Se trataba de llegar hasta la primera. Una luciérnaga iba siempre detrás de la otra. La hilera era larguísima. Parecía no terminar nunca. La pequeña Luz caminaba con paso vivo y, de vez en cuando, saltaba por encima de la fila, cambiándose de lado. Cuando lo hacía, yo la imitaba, para no perderla de vista.

Al cabo de un rato, cansado de seguir una hilera que no conducía a parte alguna, le dije a la pequeña Luz:

—¡Espera! Hay algo que me gustaría averiguar.

Me agaché y me acerqué a una de las luciérnagas que, como un autómatas, seguía la estela de su predecesora.

—Disculpe que la moleste, señora Luciérnaga.

—¿Qué desea? —respondió el diminuto y brillante insecto.

—¿Puedo saber a dónde van ustedes?

—Pues... no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? —pregunté.

—¿Acaso es importante?

—Pues... pues... Hombre, yo creo que uno debe sab...

—Mujer.

—¿Perdón?

—Mujer. Ha dicho hombre, y soy una luciérnaga. Femenino. ¿Comprende?

—Ah, perdón. Señora Luciérnaga, ¿no le inquieta caminar en fila sin saber su destino?

—Bueno, precisamente, lo que me inquietaría sería lo contrario, caminar sola. Yo sigo a la luciérnaga de delante, que sigue a la de delante, que sigue a la de...

—¡Vale, vale! ¡Ya lo he entendido!

—¿Y la que va detrás de usted?

—Pues esa me sigue a mí y ella es, a su vez, seguida por otra, quien, a su vez, es también seguida por otra luciérnaga, quien...

—¡Vale, vale! ¡También lo he entendido!

—Vamos todas juntas, ¿comprende? Cada una marca el camino de la siguiente, y así no nos perdemos.

—¿«Así no nos perdemos», dice? ¡Pero si no saben a dónde se dirigen! —exclamé indignado.

—¡Ah! ¿Es eso? Pues pregunte usted a la primera luciérnaga de la fila.

Levanté la vista y me di cuenta de que había perdido de vista a la pequeña Luz. Debía de estar más adelante, así que eché a correr a toda velocidad siguiendo la hilera. Después de correr con todas mis fuerzas, la alcancé.

—Pensé que habías desistido —me dijo.

—No, no. Estaba hablando con una de las luciérnagas. Me ha dicho que debemos llegar hasta la primera.

—¿Para qué preguntas si es lo que te había dicho? Pues ya hemos llegado.

En efecto, la hilera ya no seguía más. Habíamos alcanzado a la primera de todas las luciérnagas. Este momento era muy importante para mí. Si quería quedarme esta luz, si esta era la luz que yo necesitaba, debía saber a dónde conducía. Así que pregunté a la primera luciérnaga:

—¿Es usted la líder?

—¿Cómo dices? ¿Líder? ¿Qué es eso?

—¡Tiene usted cientos de semejantes siguiendo sus pasos! ¡La suya es una gran responsabilidad! ¿A dónde las lleva?

La luciérnaga se detuvo de sopetón. Tanto que la que iba detrás chocó con ella y también la siguiente. Todas se amontonaron, como cuando se produce un accidente en cadena y varios coches se incrustan uno con otro a medida que llegan al sitio de la colisión.

La primera luciérnaga de la fila abrió mucho los ojos y dijo:

—Busco a la última luciérnaga de la hilera.

Me quedé de piedra.

—¡¡¿A la última?!!

—Sí.

—Pero... ¡¿para qué?!

—Pues para ponerme detrás y seguirla —respondió—. ¿O acaso no sabes que una luciérnaga siempre sigue a otra luciérnaga?

No supe qué responder.

En aquel momento, alcé la vista y me di cuenta de que la cola de la hilera estaba a unos pocos metros. Habíamos caminado durante horas a lo largo de la hilera para llegar hasta el mismo punto de partida.

La primera luciérnaga se afanó en alcanzar la cola de la hilera y se enganchó a su luz. Ahora, la hilera era en realidad un inmenso círculo que se cerraba sobre sí mismo. Todas caminaban, pero lo hacían en círculo. Eran un gran disco giratorio, no iban a ninguna parte. Pero seguían su camino contentas, seguras de sí mismas.

—Ahora ya no nos vamos a perder —dijo la primera luciérnaga, la cual, en realidad, ya no era la primera. Era una más de una gran e inmensa circunferencia que daba vueltas.

La pequeña Luz me estaba mirando. Se limitó a preguntarme, al igual que hiciese el día anterior con los chimpancés:

—¿Quieres que esta sea tu luz?

Y yo, igual que el día anterior, le respondí:

—No me interesa esta luz.

Entonces nos levantamos y nos alejamos de las luciérnagas, que seguían dando vueltas como un tiovivo, sin destino, pero con la tranquilidad y la paz que les infundía seguir una luz ajena.

11

Esa noche, mientras tratábamos de conciliar el sueño, la pequeña Luz se dio cuenta de que yo estaba temblando.

—¿Tienes frío? —me preguntó.

—Sí, mucho.

—Aguarda.

Entonces dejó su luz a un lado, entre los dos, como una pequeña hoguera. Era la primera vez que se desprendía de ella. La luz calentaba como un buen fuego. Me tumbé de lado y, mientras conciliaba el sueño, le consulté:

—¿Todo el mundo tiene una luz?

—Sí, todo el mundo la tiene. Incluso quienes no lo saben —respondió.

Cerró los ojos, bostezó y, antes de dormirse del todo, añadió:

—Es imposible no tener una luz.

12

Esta vez fui yo quien me desperté primero. La pequeña Luz estaba profundamente dormida, así que la dejé descansar. Me sentía inquieto. Desde luego, la vida era mucho más entretenida que cuando estaba simplemente a oscuras, esperando, no sabía muy bien el qué. Ahora no solo tenía compañía, sino que, además, tenía un objetivo, una misión: debía encontrar una luz. La verdad era que tampoco sabía para qué ni por qué, pero era divertido buscar.

—Anda, despierta, dormilona —dije por fin—. Es tarde y todavía no tengo luz.

La pequeña Luz bostezó igual que había hecho justo antes de dormirse.

—¿A dónde vamos hoy? —pregunté.

—¡Enseguida lo verás! ¡Vamos! —exclamó dando un brinco.

13

Era una extraña ciudadela.

No recuerdo cómo dimos con ella. Solo sé que, de pronto, nos hallábamos ante una muralla y que unos centinelas que portaban unas lanzas y lucían yelmos nos dejaron pasar sin preguntarnos nada. Mucha gente entraba y salía de la ciudadela. Era una población de callejuelas estrechas y callejones oscuros, como las de la Edad Media, donde la gente pobre vive junto a la que no es tan pobre, y donde venden verduras al lado del que clava herraduras a los caballos. Y donde muere un anciano junto al hogar donde nace un niño.

Las calles eran como un laberinto. La gente no reparaba en nosotros, y yo estaba sorprendido por todo cuanto veía. En un momento dado, torcimos por una callejuela, cruzamos una pequeña plaza y nos metimos en un barrio totalmente distinto a los anteriores.

En ese barrio, todos los hombres y mujeres con los que nos cruzábamos llevaban lentes y bata blanca. Algunos tenían el pelo revuelto e incluso de punta. Pasamos junto a unos hombres que discutían acaloradamente utilizando palabras muy extrañas que yo no comprendía:

—Fosfato, fosfato —decía uno, agitando unos papeles.

—¡Nooo! ¡Nitrato, es nitrato! —corregía otro.

—¿Pero qué decís? —intervino un tercero.

—¿Sulfito? —sugería un cuarto.

A lo largo de las calles, discurrían las casas con sus ventanales. A través de esos cristales vi a más hombres y mujeres con bata blanca mezclar líquidos en botes de cristal, algunos de cuello estrecho. A través de una de las ventanas vi a un inventor con pinta de loco que, después de mezclar un líquido de color azul con otro de color verde, provocó una gran explosión en su laboratorio; a través de otra de las ventanas vi a un científico que había creado un sistema para que un molinillo hiciera de despertador; y en una tercera ventana había una

mujer escribiendo en una pizarra inmensa fórmulas y números indecifrables para mí. En un momento dado, la mujer se enfadó muchísimo y borró la pizarra entera mientras apretaba los puños y se ponía muy roja para, luego, calmarse y volver a empezar sus cálculos, escribiendo en la pizarra una nueva fórmula.

También había numerosas tiendas y pequeños locales donde vendían todo tipo de productos relacionados con la ciencia y las invenciones. Desde microscopios a aparatos para medir el peso, el tamaño o las distancias.

—Aquí es —dijo la pequeña Luz tras llegar a una puerta de cristales anaranjados.

14

Pasamos al interior. Era un local muy acogedor y bien iluminado. Parecía una tienda, pero no había productos a la venta. Solo había un mostrador y, detrás, apostado en una silla, un hombre calvo, de ojos negros y pequeños, que llevaba unas lentes redondas. Detrás, había una enorme y altísima pared cuyo final era imposible de ver. Subía y subía hasta lo alto, y no podía saberse dónde terminaba.

Lo curioso es que toda la pared estaba repleta de bombillas que iban apagándose y encendiéndose intermitentemente y de forma aleatoria. Ahora se encendía una, ahora se encendía otra. Ahora se apagaba una, ahora se apagaba otra.

—¡Hola, Luz! —saludó el hombre a mi pequeña acompañante—. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Hola, René! —respondió mi amiga, quien parecía conocer bien al hombre de las mil y una bombillas—, te traigo a un posible cliente.

—¡Esa es una gran noticia! ¿Cómo estás, chico? —me preguntó.

—Pues... muy bien.

—Mi amigo necesita una luz, René. Y le estoy mostrando algunas de las distintas luces que puede escoger.

—Eso está muy bien. Verás, te explicaré. Todas estas luces que están detrás de mí son las bombillas de la ciencia.

—¿De la ciencia?

—Así es. Cada vez que se ilumina una bombilla, significa que un científico o un inventor ha descubierto algo. Son las luces de las ideas y de los descubrimientos.

—¿Y cuando se apagan?

—Bueno, cuando se apagan significa que un experimento no ha funcionado y que la persona que estaba tratando de descubrir algo deberá volver a empezar.

Recordé a la mujer de los cálculos que había borrado su pizarra entera y al inventor cuya mezcla le explotó en las narices.

—Pero eso es normal —aclaró René—. No siempre se logra un descubrimiento. Tu bombilla de las ideas debe encenderse y apagarse muchas veces a lo largo de tu vida para realizar un descubrimiento trascendental.

—Entiendo.

La pequeña Luz me observaba, callada.

Nos quedamos los tres en silencio, yo con la vista puesta en todas esas bombillas que se encendían y apagaban sin descanso.

—¿Y bien? —preguntó René—, ¿quieres una?

Me quedé pensativo unos instantes y luego pregunté.

—Quisiera saber algo.

—Dime.

—Si me llevo esta luz, significa que adquiriré el pensamiento científico, la sabiduría de la ciencia. ¿Es así?

—Así es.

—Y esa luz... ¿qué me permitirá?

—Te permitirá comprender la naturaleza, la física, la química, el funcionamiento de todas las fuerzas que rigen el cosmos y el universo.

Miré a la pequeña Luz. Ella, a su vez, me escrutaba con sus ojos

negros. En ellos vi algo especial, algo que no sabía describir en aquel momento, pero que enternecía mi corazón y erizaba mi piel. Era un sentimiento, una emoción. Y supe que ese sentimiento, esa profunda emoción que entonces no sabía nombrar no era una fuerza gravitacional ni una mezcla de elementos químicos, ni un descubrimiento científico; era algo que la ciencia nunca lograría explicar. Lo supe, nunca mejor dicho, a ciencia cierta. La luz que despedían los ojos de la pequeña Luz era la misma que despedía la lucecita eterna que llevaba en su mano. Esa luz no respondía a idea ni descubrimiento alguno. No se encendía y apagaba. Simplemente, estaba ahí y era de ella.

Entonces respondí:

—Lo siento, René. Pero no me interesa esta luz.

15

Esa noche, ya lejos de la ciudadela, me sentía un tanto inquieto.

Acababan de ofrecerme una luz excepcional, la del conocimiento absoluto, la de la ciencia, una luz que me iba a permitir hacerme no solo tremendamente célebre a través de mis descubrimientos, sino que me daría la posibilidad de comprender por entero el universo, a las estrellas, a los planetas... Pero, por algún motivo, aquella luz yo sabía que no iba a servirme para algo más profundo y a lo que no podía ponerle nombre. Por eso permanecía muy callado y pensativo. La pequeña Luz se percató y, justo antes de dormirnos, una noche más, junto a la luz de su mano, que reposaba entre ambos, me dijo:

—¿Hay algo que desees saber?

—Sí —respondí yo—. Dices que todo el mundo tiene una luz, que es imposible no tenerla. Pero... ¿para qué se supone que debe servir mi luz?

La pequeña Luz se quedó pensativa. Y luego respondió:

—Eso es, precisamente, lo que debes decidir.



16

Al día siguiente, fue la pequeña Luz quien se había levantado antes que yo. Abrí los ojos y, una vez que me hube aseado, ella tomó la palabra:

—Hasta ahora, no has escogido luz alguna. Eso significa que aún atesoras tú la decisión, pero tampoco tienes nada. Puedes ir descartando luces una tras otra, pero debes decidir en algún momento. Tarde o temprano, deberás escoger una luz.

—¿Por qué dices eso? Tengo tiempo, ¿no es así?

—Me temo que no. No te queda mucho. Pronto deberás partir e iniciar tu vida. Y necesitas una luz.

—¿Partir? ¿A dónde?

—Al mundo.

—Pero... este es mi mundo.

—No, este es el lugar desde el cual te estás preparando para nacer.

—¿Nacer...? ¿No he nacido ya? ¡Mírame! ¡Yo soy yo!

—Sí, claro que has nacido. Estás aquí. Eres alguien. Pero yo me refiero a nacer al lugar donde viven las demás personas como tú. Todas las que viven aquí están en tu imaginación, no son reales. Tu mundo está muy cerca, pero aún no estás en él.

—Y... ¿cuántos días me quedan?

—Pocos, muy pocos. ¿No has notado que de vez en cuando se producen unos pequeños temblores? Como si fueran terremotos.

—Sí, esta noche, de hecho, me ha despertado uno de ellos. El suelo se movía con fuerza.

—Pues eso significa que pronto vas a nacer.

Me quedé pensativo.

—De acuerdo —asentí—, pongámonos en marcha.

17

El oleaje era fuerte, pero nuestra embarcación parecía estar preparada para soportar cualquier embate del mar.

Era una barquichuela de madera, de color azul y con un pequeño habitáculo en el centro, donde se hallaban el timón y el resto de los mandos de la barca. Había muy mala mar, caían relámpagos y llovía con mucha fuerza. Un viento huracanado soplabla más y más fuerte cada vez. Estaba muy oscuro y la barca daba saltos sobre las espumosas olas.

No recuerdo cómo habíamos ido a parar a bordo de aquel barco. No recordaba haber pasado por puerto alguno o por ningún embarcadero. Así era a veces mi vida, antes de nacer, junto a la pequeña Luz. Las cosas sucedían de pronto, sin más. Y después, volvían a desaparecer. Como la gran ciudad de los inventores, que apareció de la nada y de la que nos fuimos sin volver a cruzar sus murallas.

Los días y los lugares se sucedían como durante los sueños, pudiendo pasar de un momento a otro como por arte de magia y moviéndonos en el espacio como si tuviésemos el don del teletransporte.

La pequeña Luz llevaba el timón y, de pronto, me dijo:

—Toma tú los mandos. Eres tú quien debe llevar la nave. Es tu vida...

Me situé ante el timón de madera de la embarcación y lo sujeté con mis manos. Me di cuenta de que no éramos el único barco. Había más barquitas alrededor y todas, como la nuestra, luchaban por no zozobrar ni volcarse.

De pronto, me percaté de que en el horizonte había una luz. Era una luz potente y amarilla, que daba vueltas y de vez en cuando nos deslumbraba para luego desaparecer. Era como esas luces de la sirena de una ambulancia o de un coche de la policía, pero no hacía ruido. Decidí dirigir la embarcación hacia esa luz. Al fin y al cabo, de eso se trataba, de descubrir cuál debía ser mi luz.

Al pasar junto a una de las barcas, un marinero me gritó:

—¿A dónde vas?

—Hacia aquella luz —respondí yo, señalando con mi mano.

—¡No lo hagas! —gritó—. Es peligroso.

Ignorando su advertencia, viré y puse rumbo a la lejana luz que aparecía y desaparecía a lo lejos.

A medida que nos aproximábamos, me di cuenta de que la luz se hallaba sobre una elevada torre.

Era un faro.

Y se erguía sobre unos acantilados. Si nos seguíamos aproximando, corríamos el riesgo de embarrancar contra los arrecifes de la costa. Comprendí entonces el aviso del marinero.

—Creo que estamos en peligro —dije—. Si nos acercamos más al faro, chocaremos con las rocas y nos hundiremos.

—Haz lo que creas que debes hacer —dijo impávida la pequeña Luz.

Decidí virar por completo, esquivar las rocas y alejarme de nuevo de la costa, navegando mar adentro, donde no había arrecifes con los que chocar y donde el resto de las barcas daban saltos sobre las olas, sin riesgo a embarrancar o a ver su casco destrozado, lo que habría terminado en naufragio.

18

Cuando estuvimos a salvo, le dije a la pequeña Luz:

—El faro nos ha salvado de embarrancar.

—Así es.

La barca del marinero que me había advertido se acercó y abarloó nuestra embarcación, atando unos cabos. Encendió una pipa y me miró.

—Eres nuevo en estos mares, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—Pues ahora ya sabes dónde permanecer a salvo. Lejos del faro no hay peligro de chocar con los arrecifes. La luz del faro te ha salvado.

—Quizá he sido algo imprudente. No sabía a dónde iba.

—Bueno, nadie sabe siempre a dónde va —respondió el marinero—, por eso los marineros calamos aquí y de aquí no nos movemos.

—¿Siempre en el mismo sitio?

—Siempre aquí, en efecto. Lejos de los peligros de los que las luces de los faros nos advierten.

—Y... ¿no os aburrís, fondeados siempre aquí? ¿No deseáis navegar a otros países, a otros lugares y descubrir remotas tierras y países extranjeros? Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que hace a un marinero?

El marinero apagó su pipa. Parecía algo incómodo por mi pregunta.

—Sí, eso es lo que hace a un marinero, pero ningún capitán desea que su barco se hunda, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—Pues de eso se trata. De no hundirse.

El marinero se ajustó el abrigo, desató los cabos que nos mantenían abarloados y se separó de nosotros. Oí que mascullaba algo, como maldiciendo, pero no acerté a saber qué decía.

Una vez que estuvimos a solas, mecidos por las olas, la pequeña Luz me preguntó:

—Entonces... ¿te llevas la luz del faro?

El tiempo se estaba acabando. Debía tomar una decisión. Y la del faro no era una mala luz. Si me llevaba esa luz al mundo lograría eludir los peligros y permanecer siempre a salvo. Siempre a salvo... aunque en el mismo sitio. Esto último no me seducía demasiado.

Miré a la pequeña Luz.

—¿Y bien?

—Lo siento, pero no deseo esta luz.

Y nos fuimos a dormir.

19

Lo que sucedió la última noche, antes de nacer, es algo que nunca olvidaré. Yacíamos, como siempre, acostados en el suelo. La luz de la pequeña Luz estaba entre ambos, como una hoguera, dándonos calor. Y, de pronto, mi amiga dijo:

—Es de noche. Mira el cielo.

Y descubrí que el oscuro cielo estaba todo estrellado. Lleno de fulgurantes estrellas que centelleaban desde el infinito.

—Son estrellas, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. Su luz es una maravilla. Las personas darían lo que fuese por poseer una estrella. Una estrella es un sol lejano, que alumbra a otros planetas y que reina en alguna parte del universo.

—Entiendo.

—Hasta ahora no te había ofrecido su luz, pero creo que tu partida va a ser inminente y debo ser honesta: ¿quieres la luz de las estrellas?

No sé por qué, pero la pequeña Luz me ofreció la luz de las estrellas con congoja, con tristeza, como si temiera que yo, finalmente, optase por llevarme esa luz al mundo. Y lo cierto era que esa constituía la mejor de las luces que había conocido hasta el momento. La más poderosa, la más bella. La que, suspendida en el universo, junto a otras estrellas, componían el firmamento. Estuve a punto de decir que sí, pero entonces me di cuenta de que no podía llevarme una luz que no conoiese de cerca, no podía quedarme una luz a la que nunca pudiese acercarme. No necesitaba preguntar a la pequeña Luz si podíamos llegar hasta la estrella más cercana.

—Es una luz preciosa. Es la más bella de cuantas me has ofrecido. Pero no la quiero.

—¿Por qué?

—No quiero luces de sitios a los que es imposible llegar.